

AYUNTAMIENTO DE MADRID
— CONCEJALIA DE CULTURA —

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

AULA DE CULTURA

CICLO DE CONFERENCIAS: AMERICANOS EN MADRID

RICARDO PALMA

POR

D. SALVADOR BERNABEU ALBERT



M A D R I D

Artes Gráficas Municipales - Area de Régimen Interior

—
1 9 8 7

ISBN: 84-505-6.236-8
Depósito legal: M. 25.680-1987

1. UN DELEGADO EN LA ESPAÑA DEL IV CENTENARIO

Al igual que toda fiesta que se preciese, la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, tuvo también sus huéspedes ilustres. Como delegados de las tres Exposiciones realizadas (Histórica-Europea, Histórica-Americana y de Bellas Artes) o como invitados de los numerosos congresos proyectados, acudieron a nuestro país varias decenas de sabios europeos y americanos. Entre estos últimos, destacaron Ricardo Palma, Soledad Acosta de Samper, Rubén Darío, José Zorrilla de San Martín y Rafael Peralta, que junto a un notable grupo de diplomáticos residentes en Madrid, entre los que sobresalía la figura del mexicano Vicente Riva Palacio, dotaron a la fiesta finisecular de un aire de "fraternidad hispanoamericana", ampliamente fomentada por los responsables del IV Centenario. De entre los llegados de ultramar, Ricardo Palma, delegado del gobierno peruano, gozaba de la mayor popularidad y aprecio, gracias a sus trabajos literarios y, en particular, a sus *Tradiciones peruanas*. El nuevo cargo honorario le facilitó traslados y le abrió puertas, pero justo es reconocer que Palma traía en su equipaje una espléndida labor, y esa fue su mejor tarjeta de presentación. Dígalo si no sus títulos de correspondiente de la Real Academia de la Lengua y de la Real Academia de la Historia, amén del rico y vastísimo archivo epistolar, firmado por las

mejores plumas de España e Hispanoamérica. Por ello, es difícil imaginar que el viaje del escritor limeño por nuestro país quedase convertido en mera formalidad oficial. El delegado del Perú era, sin duda, el mejor delegado del Perú en una fiesta iberoamericana, como la celebrada por España en 1892 (1).

Ricardo Palma nació en Lima el 7 de febrero de 1833, educándose en el Convictorio de San Carlos y, posteriormente, en la Universidad de San Marcos del Rimac. Tras obtener un puesto como contador del navío *Rimac*, empleó sus ocios en la lectura de los clásicos castellanos de la colección de Rivadeneyra. Dejó de pertenecer a la Armada en 1858, no sin antes sufrir un trágico naufragio cuando viajaba hacia el sur, conduciendo soldados que habían participado en la batalla de Palma, accidente que estuvo a punto de costarle la vida. Ricardo Palma se alineó entonces con los liberales, participando en una conspiración que debía secuestrar al presidente Castilla, cuyo fracaso, el año 1860, le llevó al destierro en Chile. Tres años después regresó y fue nombrado cónsul en Pará, para cuyo cumplimiento tuvo que viajar a Europa, visitando Francia, Inglaterra e Italia. En 1865, al asumir los liberales el poder, volvió a Perú, asistiendo en calidad de funcionario del ministerio de la Guerra al combate del Callao frente a la Escuadra española del Pacífico, el 2 de mayo del año siguiente. Al distanciarse los liberales del gobierno, editó un periódico satírico (*La Campana*, 1867) y militó en la revolución iniciada en Chiclayo por el coronel José Balta; a cuyo lado actuó como secretario durante la campaña y sus cuatro años de gobierno (1768-1772). El asesinato del presidente Balta, en este último año, decidió a Palma alejarse de la política a causa de un profundo desengaño de la actividad últimamente ejercida: nuestro escritor se encontró entre los vencidos. Durante la guerra con Chile se incorporó a la reserva y luchó en la batalla de Miraflores (1881), perdiendo incluso su hogar entre las llamas; y al firmarse la paz y abandonar las tropas vencedoras chilenas la capital, asumió la dirección de la Biblioteca Nacional de Lima,

que había servido de cuartel a las tropas invasoras y se encontraba en un estado lamentable (2).

A partir de estos momentos la labor de Ricardo Palma se centrará en la reorganización y reconstrucción de la primera biblioteca del país, permitiéndole relacionarse con escritores e instituciones de todo el mundo, pues al no tener recursos el país, la llegada de ejemplares se basó en la acogida favorable de las peticiones de este gran hombre, que se intituló *bibliotecario mendigo*. Tan sólo abandonó temporalmente su labor para acudir a España al IV Centenario del Descubrimiento de América, e incluso aquí logró reunir 27 cajas de libros, obsequiados por autores e instituciones. En 1912 se retiró a su casa de Miraflores, a causa de haber usurpado el gobierno atribuciones que le competían, muriendo siete años más tarde, no sin antes haber cumplido un último encargo desde Madrid: la reorganización de la Academia Peruana de la Lengua, correspondiente en aquel país de la Española (3).

Ha sido necesario este breve paseo por la vida de Palma, para conocer sus aficiones políticas y su situación en el momento de visitar España. Sin embargo, más importante y decisivo es hablar de sus escritos. Que su viaje a nuestro país va a estar dominado por la literatura es algo indiscutible al leer su libro *Recuerdos de España* y la correspondencia con matasellos español. El Madrid que visita, recorre y describe Ricardo Palma huele a pluma y a tertulia de café. Es también el Madrid festivo del Centenario, aunque los actos conmemorativos quedasen ocultos por el desfile de los Campoamor y los Zorrilla, de los Valera y Echegaray; y si romanticismo, tradicionalismo y apego a la sátira presiden su obra literaria, así también las páginas de la España del 92 quedan tintoreadas por estas cualidades. ¿A dónde quiere ir a parar Ricardo Palma? No a mucho. A lo más, a describir a los peruanos, a los de casa, como él mismo señala, sus impresiones de España, de la España literaria que lo acogió y agasajó, la España que conocía y apreciaba sus *Tradiciones*

y que recordó en pinceladas biográficas y anécdotas chispeantes; tal y como anteriormente él mismo había recogido los recuerdos de la bohemia de su tiempo o el pasado virreinal del Perú.

En la obra de Palma se dan cita dos tendencias: una propia, traviesa innata, el criollismo, y otra externa y amada, el romanticismo. No obstante, su sobriedad sentimental le alejaba de esta última, perdiendo en lirismo melancólico lo que ganaba en la sátira. Al final, encontró su propio estilo literario por caminos insospechados: la historia; y Ricardo Palma entra en la literatura hispanoamericana con sus *Tradiciones*. Permítanme ustedes detenerme en ellas por breves minutos.

2. PALMA, EL ESCRITOR

Como ya he indicado, Ricardo Palma entra en el mundo literario de la mano del romanticismo. En 1850 escribe la pieza dramática *La hermana del verdugo*, que él mismo califica de "abominación patibularia en cuatro actos", y *La muerte o la libertad*. Pero es en las poesías donde despliega sus dotes de escritor: "Juvenilia" y "Armonías", primeros versos, reciben la influencia de Zorrilla, Espronceda y Arolas; mientras en "Cantorcillos" se imita a Trueba y predomina el elemento satírico y folklórico, a la vez que se encuentra la crítica de la actualidad política, a la manera de Felipe Pardo y Mesonero. En el prólogo de 1910 a sus versos juveniles confesaba: "Los románticos de 1845 y 1860, en América, fuimos verdaderos neuróticos por lo revesado y contradictorio de nuestros ideales, ora henchidos de misticismo ampuloso y de candor pueril, ora rebosando duda cruel o desesperanza abrumadora."

Para José de la Riva Agüero, el romanticismo de Palma era contradictorio con su liberalismo en política y pensamiento, "como no lo advirtieron tampoco en inmensa mayoría sus coetáneos

americanos y europeos". El romanticismo ensalzaba lo que el liberalismo rechazaba y destruía, y a esta causa atribuye las anti-téticas faces en la vida y en los escritos de Palma.

En las series siguientes de poesías aparece clara la influencia de Heine, Bartrina y Campoamor. Escarceos trovadorescos, letrillas y anécdotas licenciosas marcan la rápida progresión del naturalismo picaresco, gracias a su apego a la historia. La cual, cultivada ya en 1853 desde presupuestos netamente románticos, logrará independizarse, en 1863, con los *Anales de la Inquisición de Lima*, de marcado anticlericalismo decimonónico, y logrará, por fin, significación literaria en la "tradición", nacida de su connubio con lo romántico y la sátira. Así, la tradición de Palma es hija de la leyenda romántica, a la que se vincula por el intento evocativo y la presencia del amor, pero de la que se aleja por la ausencia de tragedia y de misterio, por su base histórica fidedigna y la forma maliciosa y picaresca (4).

Las tradiciones nos muestran, principalmente, la vida colonial del Virreinato, Palma se muestra criollo auténtico, irreverente, indisciplinado, mujeriego, oportunista, contándonos la historia al modo de las abuelas: en pinceladas llenas de encanto. En 1864 logra con *Don Dimas de la Tijereta* introducir un nuevo estilo al insertar coplas y refranes, lo colonial y lo republicano; pero será a partir de 1870 cuando la tradición se hace maliciosa, cómica y realista, a pesar de los temas arcaicos. La Iglesia y la autoridad del Virrey se convierten en principales blancos de su ingenio. Cada uno de éstos tiene un mote: el hereje, el inglés, el poeta, el de la adivinanza, el virrey brazo de plata, el temblecón, el de los milagros, Pepe Bandos, o el virrey de los Pepinos. Por el contrario, sus simpatías las coloca en los rebeldes y las limeñas; mientras que en las contiendas entre criollos y peninsulares, apoya abiertamente a los primeros. Y así, nos presenta, recreándose, las sesiones capitulares de los frailes, con sus intrigas y recuento de votos. Con el tiempo, el Presidente será el Virrey y el Municipio los conventos; pero ni la etapa republicana

no lo prehispánico alcanzarán el predominio de la etapa colonial en su obra.

La tragedia y las venganzas que dominan las luchas del siglo XVI en el Perú se amplían en el XVII con el Santo Oficio, rencillas entre el arzobispo y el Virrey, duendes, piratas, frailes y milagrillos, hasta pasar al XVIII, donde la coquetería de las limeñas alterna con el fraile libertino, la introducción de los libros prohibidos, el descubrimiento de los polvos de la Virreina y la seducción de Micaela Villegas, la Perricholi, amante del Virrey Amat, que Merimée retartó en *La Carroza del Santo Sacramento*.

Con Palma, Santa Rosa de Lima llega a suplicar un gobierno justo para el Perú y la sátira llega, incluso, a desligarse de toda veracidad histórica: en *Apocalipsis*, los limeños devotos de Nuestra Señora de la Pereza llegan tarde al Juicio Final. Jesucristo y San Pedro son viajeros en el valle del Ica y nos cuenta crédulamente los milagros del beato Martín. Palma rejuvenece la historia con regocijo, haciendo suyo el dicho "Lima, paraíso de mujeres, purgatorio de maridos e infierno de borricos". Estamos ante la pasión por el criollismo (5).

Las tradiciones son novelas en miniatura, que contaba con notables antecedentes en Europa y América. Recuértese, por ejemplo, las *Lendas e narrativas* (1838-1858), de Alejandro Herculano, o las *Tradizioni Popolari* (1841-1843), de Carlos Tito Dalbora. En Palma confluyen autores como Walter Scott, Dumas, Fernández y González, Zorrilla, Enrique Gil, Duque de Rivas, etcétera. Sabemos que su autor favorito era Larra, cuyo *Macías* descubre indeleble estirpe escotiana y en su evolución literaria, hacia 1870, intervienen decisivamente los costumbristas españoles como Mesonero Romanos y Antonio Flores. De ahí que podamos afirmar que Ricardo Palma tuvo un conocimiento de Madrid, antes de su viaje de 1892, a través de las obras de sus autores preferidos: el Madrid de 1830 de Larra y el Madrid evocador de Mesonero.

Palma, político desencantado y escritor tradicionalista, liberal y romántico, llega a España en plena madurez creativa. Su hija Angélica, que le acompañó en el periplo, nos confiesa: "El viaje a España tuvo para Palma verdadera significación, el primer limeño de Lima, como lo llamó Rubén Darío, el escritor representativo de la tierra americana, donde España dejó más honda huella, el curioso husmeador de los secretos y recovecos del idioma, el republicano y librepensador de arraigadas convicciones, sentíase atraído hacia la vieja nación legendaria por fuerzas potentes y encontradas" (6). Palma es delegado del Perú, pero además se propone editar sus *Tradiciones* en Montaner y Simón, de Barcelona, amén de lograr introducir en el diccionario de la Real Academia Española una larga lista de nuevas palabras usadas por los hispanoamericanos: "El lazo más fuerte —confiesa Palma—, el único quizá que hoy por hoy nos une con España, es el del idioma. Y, sin embargo, es España la que se empeña en romperlo, hasta hiriendo susceptibilidades de nacionalismo. Si los mexicanos (y no mejicanos como impone la Academia) escriben México y no Méjico, ellos, los dueños de la palabra, ¿qué explicación benévola admite la negativa oficial o académica para consignar en el léxico voz sancionada por los nueve o diez millones de habitantes que esa república tiene? La Academia admite provincialismos de Badajoz, Albacete, Zamora, Teruel, etcétera, voces usadas sólo por trescientos o cuatrocientos mil peninsulares, y es intransigente con neologismos aceptados por más de cincuenta millones de seres que, en el mundo nuevo, nos expresamos en castellano" (7). Al final, sólo pudo ver aprobadas unas cuantas palabras, lo que ocasionó no pocos disgustos entre los académicos. Según relata Angélica Palma, más que su honor propio le dolió la derrota por lo que suponía de alejamiento de las jóvenes generaciones de escritores americanos (8). Ya lo había expresado Darío: "De las Academias, libranos, Señor"; aunque no es menos cierto que en los sucesivos

años y ediciones del Diccionario fueron incluidos muchos de los términos que transportó nuestro escritor en su baúl (9).

Con un pasado brillante y un futuro lleno de promesas, Palma abandona Perú y con dos de sus hijos atraviesa el Atlántico. Estamos en 1892 y Madrid, como el resto del país, se engalana para recibir el IV Centenario.

3. 1892: EL VIAJE POR ESPAÑA

En el vapor *Cachaporal* parte nuestro escritor del puerto del Callao, rumbo a Panamá. Le acompañan su hija Angélica, de trece años, y Ricardo, de nueve. Allí toman otro vapor, el *Pará*, el cual, tras detenerse en Jamaica y Barbados, llega a Cherburgo. Y tras una breve estancia en París y Biarritz, los tres Palma entran en España por la frontera de Irún, el 12 de septiembre de 1892. Comenta el escritor limeño las contrariedades producidas por los aduaneros, empeñados en registrar sus maletas, a pesar de contar con fuero diplomático. Allí las dejó, esperando que el gobierno resolviera el asunto, y se marchó a San Sebastián, cuya animación y elegancia de la ciudad le parece muy superior a la contemplada en Biarritz. Visita Rentería, Pasajes y Hernani, ciudades en las que detecta un carlismo mayoritario de la población, y confiesa que “en España se disfruta de más libertad política que en el resto de Europa, y que en muchas de nuestras Repúblicas”. Posteriormente se trasladan a Burgos, ciudad en la que, según Palma, se vive en pleno siglo XIV. Le impresiona la proliferación de mendigos en las calles, y este problema nacional le recuerda Madrid: “Sólo pude olvidarla cuando, en Madrid, encontré que no puede el viajero transitar por las calles de Alcalá, Carretas, carrera de San Jerónimo o Puerta del Sol, sin ser, en un cuarto de hora, cinco o seis veces detenido por pedigüños y pedigüñas. No se diría sino

que, en España, la mendicidad se ha elevado a la categoría de industria lícita y lucrativa.” Por el contrario, encuentra menos borrachos que en el Perú, o por lo menos poca disponibilidad en los españoles para “lucir la mona” (10).

En la Cartuja de Miraflores, siguiente etapa de su viaje, encontró a tres hispanoamericanos: un novicio bogotano, apellidado Urdaneta, y dos hermanos nacidos en Sucre y apellidados Huerta, con los que conversó: “Eran dos cadáveres —nos confiesa Palma—, pero el sentimiento de la patria no estaba aún del todo muerto en ellos.” Tras visitar el monasterio de las Huelgas del Rey, llegó a Madrid, hospedándose durante breves días en el hotel Universo. Los deberes de delegado le aguardan, y Palma tiene que acudir a la ciudad de Huelva para asistir a las celebraciones del IV Centenario. Frente a las anteriormente visitadas, encuentra que todo lo que llama la atención al visitante allí es contemporáneo: el muelle, la estación del ferrocarril, el hotel Colón, etc. En la Rábida, Palma pronunciará unas breves palabras en nombre de los delegados americanos durante la inauguración del Congreso Americanista, presidido por Cánovas del Castillo. También recoge una piedra del histórico monasterio y un trozo de olivo de su huerto, cumpliendo una promesa realizada en Lima. Tras presidir una sesión matinal del Congreso, el 9 de octubre, y la clausura del mismo, a la que asistió la Reina Regente, viajó a Sevilla, no sin antes comprobar en una recepción “la flexibilidad de la espina dorsal en los súbditos de una monarquía” (11).

Andalucía logra revivirle su vena romántica. En Sevilla visita el Alcázar, la Casa de Pilatos, la Catedral, que se encontraba en obras, la Fábrica de Tabacos, la Torre del Oro y la Casa de la Contratación, en donde apenas si pudo tomar unos cuantos datos del pasado americano que la casa-archivo guardaba en su seno histórico. Días después les aguarda Granada, la Alhambra, el Generalife, los gitanos del Albaicín... “¿Quién en la juventud —se pregunta Palma— no ha soñado con la oriental Granada,

sobre todo si ha leído el precioso libro de Washington Irving y el inmortal poema de Zorrilla?" (12). Por fin, Córdoba, donde es agasajado por Wilfredo de la Puente, conde de Portillo, hijo de padre peruano y aristócrata española. Allí puede visitar la Mezquita, y en ella, la tumba del inmortal mestizo Garcilaso de la Vega, insigne autor de los Comentarios Reales.

Tras su periplo andaluz, Palma residirá varios meses en Madrid, visitando Barcelona antes de volver a su tierra natal. En la Ciudad Condal, cosmopolita y mercantilista, cree encontrar nuestro escritor limeño una sociedad singular y distinta al resto de España y de la raza latina. Su comparación con Madrid no tiene desperdicio: "Madrid tiene el fausto de una ciudad cortesana, en la que, como es natural, no escasea la miseria dorada, que es la más terrible de las miserias. El pobre de levita y guante es el más infortunado de los pobres. Madrid es la villa que consume y no produce, la villa de la holganza y el goce. En Barcelona, ciudad rica por su holgura y comerciό, sólidas fuentes de social riqueza, hay más actividad, más animación, más holgura. En Barcelona se siente palpitar la vida. Hasta la naturaleza es alegre, porque la tierra produce flores, y los árboles verdean robustos y no enfermizos como los del paseo de la Castellana, en Madrid, donde los jardines no merecen el nombre de tales" (13). No falta en la ciudad ambiente cultural: Yxart, Narciso Oller, Blaguer, Angel Guimerá y las dos plumas españolas más famosas en América: Apeles Mestres y Pellicer.

Sin embargo, lejos está de poseer Barcelona la variedad y notabilidad del Madrid intelectual y literario, que Palma recrea en la segunda parte de su libro bajo el título "Esbozos". Al leerlo, le confiesa la poetisa cubana Lola Rodríguez de Tió: "Narra usted por manera admirable, y hace que el lector vea los personajes que describe usted con tal arte y maestría, que casi parece que los tiene uno delante. Usted hace sentir con usted, y gozar con las agudezas de su ingenio" (14). El propio Palma le había confesado con anterioridad sobre su obra: "No

contiene descripciones de viajero, ni juicios políticos, ni apreciaciones sociológicas. Juzgo, a mi manera y cuidando de no herirlos, a los literatos con quienes viví en más o menos intimidad" (15). Busca nuestro escritor, por tanto, apresar y dar a conocer sus impresiones del Madrid bohemio y literario, el Madrid de las tertulias; un Madrid irrepetible donde convivían Zorrilla, Castelar, Cánovas, Campoamor, Balaguer, Valera, Menéndez y Pelayo, la Pardo Bazán, Núñez de Arce, Echegaray, etc. No era ésta su primera experiencia de memorias, pues ya había legado a la posteridad sus recuerdos de la Lima de la juventud, romántica y literaria, en *La Bohemia Limeña de 1848 a 1860*. En España compraría, además, el manuscrito *Flor de Academias*, donde se describen los trabajos y actas de las tertulias literarias celebradas en el palacio de Lima, durante el virreinato del marqués de Castell dos Ríus, que Palma publicaría posteriormente, legándonos otra prueba de su interés por contribuir a la historia de la literatura hispánica.

4. EL CENTENARIO EN MADRID

Los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América en la capital del reino comenzaron la noche del día 11 de septiembre y sus preparativos tuvieron que desarrollarse en medio de circunstancias adversas. Los presupuestos municipales de 1892 fueron censurados por la Junta de Asociados de Madrid en junio, acompañada de la opinión callejera, que se expresó en motines. El ministro de la Gobernación, Raimundo Fernández-Villaverde, encargó al subsecretario, Eduardo Dato, una investigación que resultó con numerosas irregularidades, creándose una tensa situación entre el alcalde, Alberto Bosch y Fustegueras, y el ministro, partidario de llevar el asunto a los Tribunales (16).

Mientras, la elaboración del programa seguía demorándose.

Ante la actividad desplegada por ciudades como Granada, Valladolid, Huelva o Córdoba en los preparativos, con concesiones del Gobierno, Francisco de P. Alderete demandó, el 17 de enero, a las Cámaras de Comercio la gestión de un conjunto de actos para atraer a Madrid a los habitantes de las provincias sin festejos. El Ayuntamiento encargó una ponencia a tres concejales, que fue leída en sesión del 2 de julio, incluyéndose en la misma dos bailes públicos en los mercados de hierro, exposición de ganados, alumbrado de las calles de Alcalá, Arenal, Mayor, plaza de Oriente y Puerta del Sol, esta última "según el estilo de la Torre Eiffel", y cabalgata. Sin embargo, el proyecto, que alcanzaba la cifra de 1.500.000 pesetas, fue vetado a instancias del ministro de la Gobernación, quedando los festejos reducidos a un concurso de orfeones, exposición de plantas de adorno, certamen y exposición de labores, bonos a los pobres, cabalgata y recepción, todo ello por valor de 411.000 pesetas.

Los conflictos surgieron a principios de octubre, al denegar el alcalde las peticiones de subvenciones para las entidades privadas que preparaban actos (17). Cánovas se reunió el 3 de octubre con el ministro de la Gobernación y de Fomento, aprobándose nuevas concesiones, que no fueron suficientes para satisfacer la expectación creada. Fernández Bremón señalaba que "los festejos pueden dividirse, según el vulgo, en diversiones y aburrimientos: las primeras no les satisfacen; y hallan verdaderos lujos en los segundos. El caso es natural; el público sólo comprende el festejar los hechos memorables por medio de regocijos, y los sabios directores de este Centenario han procurado ante todo que sea provechoso" (18). En la revista *Blanco y Negro* apareció, el 23 de octubre, el siguiente poema, ejemplo del tedio reinante:

Habemos venío
Allá desde lejos
Y tos con el pío
De ver los festejos.

Y es mucho trabajo
No verlos jamás
Ni arriba, ni abajo;
Ni alante, ni atrás.

Si toas las funciones
Son cohetes y tracas
¿Pa qué cartelones
Ni pa qué alharacas?

A haberlo sabío
¡Voto va a Colón!
No hubiéramos salío
De Villamelón (19).

Otras medidas impopulares, como las continuas reformas en la plaza de Cibeles, o el proyecto de cierre del Parque del Retiro para celebrar una exposición, durante los meses estivales, que servía de esparcimiento a los madrileños, se unieron para crear un ambiente hostil contra el Ayuntamiento, censurado en los periódicos por su incapacidad organizadora (20). El 31 de octubre, concentradas numerosas personas en el paseo de Recoletos para disfrutar de una sesión de música, surgió un motín por la suspensión del acto, quemándose el escenario y dirigiéndose la manifestación a la vivienda del alcalde. Tras la dimisión del gobernador, marqués de Bogaraya, contrario a la política llevada a cabo por el Ayuntamiento, dimitió también Bosch y Fusteguerras, siendo sustituido por el marqués de Cubas.

El vacío oficial fue llenado, en parte, por la iniciativa de las entidades privadas. El día 12 se celebró una diana con diecisiete bandas, un desfile de los estudiantes, con representaciones de las Universidades de París, Bélgica y Coimbra, más las Universidades y Colegios Mayores hispanoamericanos, y fuegos artificiales en la plaza de Alonso Martínez. En los días sucesivos se completó la conmemoración del IV Centenario con una corrida de toros, por el Círculo hispano-portugués (37), función de gala en el Teatro Real (donde Zorrilla de San Martín realizó un

brillante discurso, se leyeron composiciones de Balaguer, Manuel del Palacio, Rubén Darío y Echegaray, y la mexicana doña Antonia Ochoa de Miranda cantó la romanza de Aida (*Oh, patria mía*), retreta militar y diversas fiestas y actividades llevadas a cabo en el Ateneo, el Círculo de Bellas Artes, el Círculo Mercantil, el Fomento de las Artes, la Unión Iberoamericana y otras entidades.

De México llegó la banda militar del 8.º Regimiento de Caballería, quien participó en la inauguración de la Exposición Hispano-Americana y dio serenatas a la Reina y al embajador de su país con gran éxito popular.

Con la llegada de la familia real y los monarcas lusitanos, el 5 y el 11 de noviembre, respectivamente, más la aprobación de nuevas subvenciones, se inició un período más brillante de festejos con banquetes, conciertos, recepción en palacio, excursión a El Escorial, visitas a las exposiciones, funciones de gala en el Teatro Español y en el Teatro Real más una cabalgata de los gremios, el 6 de noviembre, y otra histórica, el día 13. Esta última fue ideada por el dramaturgo Javier de Burgos, y puesta en la calle por el escenógrafo del Teatro Real Jorge Busato, en cuatro composiciones: *Boabdil*, *Franciscanos de la Rábida*, *Las tres carabelas* y *Los Reyes Católicos* (21).

5. EL MADRID DE RICARDO PALMA

Pero volvamos a nuestro escritor. Palma y sus dos hijos se instalan en la calle del Carmen, tras su llegada del periplo andaluz. A partir de esos momentos, la actividad del escritor se acelera: visitas, tertulias y amigos, solicita libros a las distintas Academias e instituciones madrileñas, asiste a los Congresos del Centenario, va a los toros; y aún le queda tiempo para retratarse con su hijo en la casa fotográfica Alvich, situada en la Puerta del Sol, con capas españolas de grueso paño.

Conociendo su filiación romántica, a nadie sorprenderá que la primera visita en Madrid la lleve a cabo en el número 4 de la calle de Santa Teresa, “donde en el último piso, es decir, cerca del cielo” vivía don José Zorrilla, modelo de tantos románticos americanos hasta en la forma de vestir y en los trazos de su escritura. Desde tiempo intercambiaba Palma al menos dos epístolas anuales con el gran escritor, y esta familiaridad y aprecio le llevaron a repetir sus visitas a don José una vez por semana, a quien acompañaba su segunda esposa, la granadina Juana Pacheco. En uno de sus encuentros escribió un poema a Angélica Palma:

“En tu patria, la del Sol,
te habló tu padre de mí,
y por verme te alojaste
no bien llegada a Madrid.
Tu padre y yo nos quisimos
siempre bien, y en tu país
te diría él de mí algo
de lo que yo de él aquí.
Mas ya me has visto y te he visto,
y ¡oh peruano querubín!,
ya has visto bien que no soy
lo que te han dicho que fui,
ni más que un viejo ya inútil
que, hoy, se tiene por feliz
de abrazarte y bendecirte
un día antes de morir” (22).

Zorrilla vivía recluso en su casa a causa de una enfermedad en la cabeza. El 5 de enero cuenta Palma que le encontró bastante agobiado por la enfermedad y el 20 de enero le visitó por última vez. Tres días después moría, siendo enterrado en olor de multitud: la capilla ardiente se instaló en la sala de sesiones de la Academia Española: “Desde la calle de Valverde hasta la Puerta del Sol, y atravesando desde ésta por la Cuesta de la Vega hasta el cementerio de San Justo, era inmenso el gentío.

Allí estaba todo Madrid pagando todo su último tributo de lágrimas... Con Zorrilla no ha desaparecido un hombre, sino una generación a la que él sirvió de símbolo en los ideales del arte y de lo bello." La generación a la que el propio Ricardo Palma pertenecía.

Cánovas del Castillo le fue presentado a Palma por el marqués de la Puente y Sotomayor, peruano, con cuya hija estaba casado el gran estadista malagueño. Nos destaca de su mansión la librería notable que había reunido con más de 20.000 volúmenes. La actividad física desplegada por Cánovas a sus sesenta y seis años era admirable: le sobra tiempo para todo. Se le ve en paseos, en tertulias, en el Ateneo, es el más puntual en las sesiones de los viernes de la Academia de la Historia, algunos jueves concurre a la Real Academia de la Lengua, y, por si fuera poco, es además Jefe del Gobierno. Como orador lo considera Palma, quizá, el primero de España y su modestia es laudable, pues a pesar de tantos títulos como posee, apenas si ostenta la medalla de académico. "En esto ^{añade} Palma— da una lección a muchos republicanos de América, que mendigan en Europa crucecitas y cintajos." Junto a Sagasta, es Cánovas del Castillo el más demócrata de los monárquicos.

En la calle Serrano acudió Palma para visitar a Emilio Castelar, cuya fama en América era muy notable, aunque, infundadamente, se le achacase cierto aire de superioridad. Pudo departir con él al tocarle a nuestro huésped limeño un sillón contiguo al del gran tribuno republicano en la Real Academia de la Lengua, y aunque intransigente con los americanismos, defendió la admisión en el diccionario de verbos como "presupuestar" y "dictaminar". Palma lo considera republicano, demócrata con gustos sibaríticos y acomodaticio en política. Escribe de nueve a doce y de dos a cinco, iniciando posteriormente una activa vida social: pasea, visita, acude a la Academia, al Ateneo, al teatro... y el domingo oye misa en las Calatravas, tras lo cual va a visitar a sus antiguos correligionarios. Así, Palma se asocia al augurio

de Rubén Darío: "Castelar predicará en San Pedro. Castelar morirá fraile."

Otro importante personaje que nos recuerda Ricardo Palma es el conde de Cheste, don Juan de la Pezuela, nacido en Lima, quien habitaba en una lujosa casa de la calle de Pizarro. Era capitán general y director de la Real Academia de la Lengua desde 1875. Le había conocido en una velada de la floreciente Unión Iberoamericana y el 28 de septiembre de 1892 invitó a todos los académicos y correspondientes de la Real Academia que se encontrasen en Madrid. De los americanos acudieron Riva Palacio y Sosa, mexicanos; Peralta, de Costa Rica; Zorrilla de San Martín, de Uruguay; Flores, ecuatoriano; Quesada, de Argentina, y Ricardo Palma. Así nos describe a su anfitrión: "En los hombres de alta estatura hay, como en los árboles, tendencia a encorvarse bajo el peso de los años. Don Juan de la Pezuela es una feliz excepción, pues se mantiene erguido como en los días de la juventud, y con el mismo vigor que cuando secundaba al malogrado conde de Belascoáin en la tan heroica como infortunada revolución." Guarda hacia el Perú un gran cariño, aunque recuerde a Lima como un lejano sueño de color de rosa. Se interesa por todo lo que proviene de aquellas tierras, y según Palma, "con don Juan de la Pezuela morirá, en España, el último representante del romanticismo".

Hacia el nuevo escritor que nos presenta Palma, su admiración es total: "De pie, en actitud reverente y sombrero en mano, debe hablarse del hombre que encarna en sí la doble realeza o magnificencia del saber y del talento." Se trata, cómo no, de don Marcelino Menéndez y Pelayo. A la llegada de Palma a Madrid, estaba el sabio santanderino en su tierra natal, a la cual solía acudir tres o cuatro meses al año, como tónico a sus trabajos en la capital durante el tiempo anual restante. Vivía en una modesta pensión de la calle del Arenal y a sus treinta y seis años nos lo describe nuestro limeño: "De mediana estatura, delgado, pálido, en sus ojos, que son hermosos, y en la serenidad

de su mirada se refleja su gran espíritu." La principal de sus cualidades es el gran trabajo que despliega: cada año, al menos un libro, informes para las cuatro academias a las que pertenece, lecciones para la Universidad y sesiones en el Senado, amén de pasear, ir al teatro y leer cuanto de interés llega a sus manos de Europa y América. La cordialidad y la modestia con que recibe a sus amigos le sorprende gratamente: "Desde el primer momento en que conversáis con él—nos confiesa Palma—os trata con exquisita llaneza, os inspira confianza, discute tranquilamente y sin dogmatizar y dista mucho de acalorarse, como Tamayo y Baus, cuando se le contradice... El no habría condenado a Galileo" (23). Con Menéndez y Pelayo paseará una tarde de invierno de la Puerta del Sol a Cibeles y le encargará la búsqueda del libro IV del segundo tomo de la crónica agustiniana del padre Calancha, sobre la castidad de las mujeres americanas en los días de la conquista, arrancado por orden de la Inquisición.

Pero sigamos caminando: "Quien paseando por la Carrera de San Jerónimo, en las últimas horas de una tarde de invierno, entre en la librería de Fernando Fe, no podrá menos de fijarse en un anciano de ojos azules y cabello cano, cara ancha y regocijada, encerrado entre patillas blancas, gordura de canónigo, que viste gabán de pieles, y a quien rodean respetándolo y mimándolo acaso más que a un monarca los cortesanos, muchos de los literatos que hoy dan honra a las letras españolas." Se trata de don Ramón de Campoamor, el autor insigne de las "Doloras". En la tertulia no faltan, además, nombres ilustres: Manuel del Palacio, Núñez de Arce, José Alcalá Galiano, Ricardo de la Vega, Navarrete, Joaquín Dicenta, el conde de las Navas, y diez o doce escritores más. Nos lo presenta Palma como un anciano excéptico, lleno de dulzura, a quien su fortuna personal le permite vivir con holgura sin preocuparse por sus obras. Cuando preside una sesión de la Real Academia de la Lengua, Tamayo y Baus, su secretario perpetuo, le tiene que decir en voz baja las normas reglamentarias a las que tiene que ceñirse, y su

holgazanería galopante se convierte en admiración por el sabio santanderino: "Dice que a Menéndez y Pelayo le tiene encomendado que lea y estudie por los dos. Lo que en España ignora Marcelino, añade, de seguro que no hay español que lo sepa. ¿A qué fatigarse? Cuando me hace falta aprender algo, se lo pregunto al sabio por excelencia y trabajo hecho" (24).

Cuenta también Palma que al querer otorgarle el gobierno el título de Castilla, con grandeza de España, aseguró a un periódico: "Nos explicamos que para honrar a un grande se le dieran los títulos de Campoamor, pero darle a Campoamor el título de grande sería un verdadero colmo. Campoamor está por encima de todo lo grande, y todo se puede engrandecer menos su gloria." Es uno de los pocos hombres que vive feliz como es y nada ambiciona; no existe rencor ni envidia hacia el resto de la familia literaria, siendo infundado su antagonismo con Núñez de Arce.

Don Gaspar era de pequeño y débil cuerpo, "barba entrecortada que empieza ya a blanquear, ojos vivaces, llenos de expresión, y voz en la que se adivina temperamento extremadamente nervioso". Núñez de Arce era muy conocido en América y ya anteriormente Palma había mantenido relación epistolar con él. Lo recibió en su casa de la calle del Sacramento con amabilidad desbordante: tiene un corazón de oro. Estaba decorada aquella con numerosas obras de artistas contemporáneos, que representaban escenas descritas por él en sus obras. Vivía con ellos un sobrino de su mujer, al que don Gaspar prodigaba sus cuidados como si fuera su hijo propio. Esta anécdota da pie a Palma para señalar la poca descendencia de nuestros escritores: Menéndez y Pelayo, Castelar, Cánovas, Zorrilla, Campoamor, Tamayo y Balaguer. "Ellos dirán quizá—agrega—que hartos hijos han dado vida con las producciones de su cerebro, y que valga lo uno por lo otro" (25).

Tampoco tenían los literatos españoles el vicio o el placer de fumar. Jamás Cánovas, Madrazo, Núñez de Arce, Menéndez

y Pelayo o Zorrilla encendían un cigarrillo, y por todos fumaba el catalán Víctor Balaguer. A este “viejo muy buen mozo y que viste con atildada corrección” le conoció Palma en Madrid y le volvió a visitar en Villanueva y Geltrú, cuando marchó a Barcelona. En aquella ciudad poseía un precioso chalé y un museo-biblioteca con más de 30.000 volúmenes. Se contó el gran escritor catalán entre los que defendieron los neologismos que trajo Palma: “Los que hacemos mal somos nosotros —exclamaba—, los que todavía no queremos convencernos de que ya pasó el tiempo en que el Sol no se ponía en los destinos de España” (26).

De crítica ante la actuación de la Real Academia de la Lengua era la mayor parte de las intervenciones de un notable escritor e improvisador: Pepe Zahonero. Ricardo Palma no duda en *recordar* alguna de sus satíricas intervenciones, con las que no es difícil imaginar que comulgase: “Pidiendo la palabra el capitán de la bohemia madrileña (Zahonero), el señor Echegaray, que presidía la sesión, le previno que sólo podía hablar durante veinte minutos, según artículo reglamentario. —‘Siento señores (dijo Zahonero) que la grande y elevada figura del señor Echegaray tenga en estos momentos, más que la campanilla presidencial, una campanilla tan apremiante como la del jefe de estación, y que, señalando breve tiempo para nuestros discursos, diga cosa parecida a ésta: —viajeros, al tren, que el tren va a marchar—. Se apoya su señoría en el reglamento; sí, un reglamento obra del ilustre autómatas don Gaspar Núñez de Arce, hombre dulce, eminentísimo poeta, y que, por tanto, no puede salir muy airoso con un papel de tirano. (Aquí hizo don Gaspar un movimiento como para interrumpir al orador, y éste, dirigiéndose a él, continuó): Ilustre señor Núñez de Arce, a quien yo llamo el único representante de la lírica épica en España, el poeta de más profundo concepto y más grande fantasía, sepa vuestra poética majestad que, para ocuparnos del tema en discursión, son mezuquinos los veinte minutos que marca ese reglamento que, obra

de la misma pluma que escribió *La visión de fray Martín*, es hermano bastardo de ésta” (27).

En otra sesión afirmó Pepe Zahonero que si se hiciera la elección de los académicos por votación de los hombres de letras, muchos de los que están no hubieran entrado. Al murmurar Núñez de Arce, aquél le respondió: “Tranquilícese su señoría, que con su señoría no va nada. No le habían de faltar votos, pues además del de los hombres, tendría el de las mujeres.”

Durante su viaje a Huelva pudo conocer a José de Echegaray, al coincidir con el gran dramaturgo en el mismo hotel de Sevilla. Ya en Madrid, asistió al triunfo escénico de *Mariana* y a la interpretación de Antonio Vico en la reposición *De mala raza*. Para Ricardo Palma todas las obras de Echegaray tienen un sello personal de su talento. Iniciado como brillante matemático, descubrió la poesía en 1873 estando en Francia, alternando a partir de esos momentos su pluma con las actas de diputado, e incluso el despacho ministerial. Desde 1882 fue Echegaray electo para el sillón que dejara vacante Mesonero Romanos, el cual no tomaría posesión hasta 1894, al parecer por la lentitud de redacción del discurso de respuesta.

Palma nos relata una anécdota donde se nos muestra las nuevas aficiones del madrileño: “Amén de la del teatro, la gran pasión que absorbe ahora a don José es la de correr en velocípedo, y parece ser que debe ser muy diestro, pues el círculo de *ciclistas* (no sé si el vocablo es castellano) madrileños lo acaba de elegir por presidente. En el banquete con que se festejó la elección tuvo Echegaray que prununciar un brindis, discreto y espiritual como suyo. Fatalmente el orador estaba ligeramente afónico ese día, y su voz no alcanzaba a ser oída en el extremo del salón, con gran pena de uno de los admiradores del poeta, que exclamó: “—¡ Más alto! —Amigo mío, contestó el orador, como voy en bicicleta me alejo rápido, y por eso no me oye. Espéreme a la llegada” (28).

Junto a la tertulia de Fernando Fe, en torno a Campoamor,

se celebraba otra en la librería de Murillo, en la calle de Alcalá, a partir de las cinco. Entre sus asistentes predominaban los historiadores: Zaragoza, Jiménez de la Espada, Catalina, Colmeiro, Padre Fidel Fita, Fernández Duro, Menéndez y Pelayo, Cánovas, Silvela y un largo etcétera. No obstante, las más notables a juicio de Palma eran “los lunes de la Pardo Bazán” y “los sábados de Valera”. La primera de ellas se celebraba cada lunes, de cinco a siete. Al poco tiempo de su llegada fue invitado el escritor limeño, no faltando a la cita. Destaca de doña Emilia su mucho de varonil, tanto por su talento como por sus cualidades físicas y morales: “Es el camarada con quien platicamos sin convencionales o estudiadas reservas.” En su casa confraternizó con la duquesa de Osuna, el poeta griego Bikelas, Castro Serrano, Luis Vidart, Rubio y Lluch y Melchor de Palau, entre otros. También le facilitó doña Emilia una misiva para conocer al Padre Blanco, autor de una polémica historia de la literatura española, el cual residía en El Escorial.

No aprueba Palma los deseos de la escritora gallega de entrar en la Real Academia, pues “la seriedad autoritaria del académico cuadra mal en boca que habla de trajes y modistas”.

Por último, acudimos a las reuniones en la casa de don Juan Valera, entre las nueve o diez de la noche hasta las dos de la mañana de los sábados. A sus setenta años era aquél un hombre lleno de vigor físico, al cual otorgaban una personalidad muy simpática su gracejo andaluz y el trato llano. Su prestigio en América no era superado por otro escritor español, gracias a sus novelas y a sus famosas *Cartas americanas*, y no era de extrañar la presencia en su casa de numerosos escritores de aquellas tierras, como Zorrilla de San Martín, Rubén Darío, Quijano Wallis, Leónidas Pallarés Arteta, Pancho Sosa, Juan Ferraz, etc. Una noche acudió a la reunión el decano de los escritores madrileños, el octogenario Nemesio Fernández Cuesta, y en otra ocasión conoció también a don Miguel de los Santos Alvarez, el gran amigo de Espronceda, el cual, a pesar de sus años, “cuando se

retiraba de visitas o de tertulia iba a un casino o café, se engolfaba en la lectura de periódicos, en charla con los amigos, o en las peripecias del tresillo, y sólo cuando los rayos del sol aparecían se encaminaba a su casa, después de apurar una taza de chocolate con mojícón” (29).

También Ricardo Palma apuró su estancia en Madrid. A estas reuniones y visitas habrían que unirles las celebradas en la casa de Concepción Jimeno, en la Unión Iberoamericana, en el Ateneo... Conoció a las grandes plumas de la lengua castellana y a las nuevas generaciones, de los que dijo: “Si todos los jóvenes de la nueva escuela se llamaran Salvador Rueda, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera o Julián del Casal, sin duda que rompería yo, sin escrúpulo, un par de guantes aplaudiéndolos” (30). Palma apuró el Madrid literario, el Madrid de finales del siglo XIX, que dio a conocer a sus paisanos y a toda Hispanoamérica. Madrid le abrió sus puertas, y él fue un madrileño más. Nosotros también hemos apurado nuestro tiempo.

NOTAS

- (1) BERNABEU ALBERT, Salvador: 1892. *El IV Centenario del Descubrimiento de América en España: Coyuntura y Conmemoraciones*. Centro de Estudios Históricos (CSIC) y Comisión Nacional del V Centenario. Madrid, 1987.
- (2) Véase el libro *Ricardo Palma (1833-1933)*. Talleres de la Compañía de Impresiones y Publicaciones. Lima, 1934. También PORRAS BARRANECHEA, Raúl: *Tres ensayos sobre Ricardo Palma*. Librería Ricardo Baca. Lima, 1954.
- (3) MIRÓ, César: *Don Ricardo Palma. El Patriarca de las Tradiciones*. Losada. Buenos Aires, 1953.
- (4) IMAZ DE PEUCHOT, Inés: *El estilo en las tradiciones peruanas de Ricardo Palma*. Mar del Plata, Buenos Aires, 1982.
- (5) COMPTON, Merlin D.: "El mundo de Ricardo Palma", en *San Marcos, Revista de Artes, Ciencias y Humanidades*, núm. 20 (Lima, 1979), págs. 135-148.
- (6) PALMA, Angélica: "Ricardo Palma", en *Figuras de la Raza* núm. 13, 3 de febrero de 1927, pág. 34.
- (7) PALMA, Ricardo: *Recuerdos de España: Notas de viaje. Esbozos. Neologismos y americanismos*. J. Peuser. Buenos Aires, 1897, págs. 161-162.
- (8) PALMA, Angélica: *Ob. cit.*, pág. 37. Palma pronosticó repetidas veces que "así como el comercio español había disminuido notablemente en América por la tardanza en reconocer el hecho consumado de la independencia, el obstruccionismo académico traería por consecuencia el alejamiento espiritual entre pueblos de la misma lengua".
- (9) Entre esos neologismos estaban los siguientes: dictaminar, presupuestar, americanizar, caudillaje, pisolabis, cantimplora, cocaína, agredir y adjuntar.
- (10) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 14.
- (11) Véase BERNABEU ALBERT, Salvador: "El Viaje Real por Andalucía durante el otoño de 1892", en *Andalucía y América en el siglo XIX, Sevilla*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, vol. II, págs. 3-13.
- (12) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 33.
- (13) *Idem*, págs. 43-44.
- (14) PALMA, Ricardo: *Diecisiete cartas inéditas con otras editadas cambiadas con doña Lola Rodríguez de Tió (1894-1907)*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 1968, págs. 72-73. La carta de la gran escritora cubana está fechada en Nueva York el 25 de noviembre de 1897.

- (15) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 21.
 (16) Remito al lector al artículo "El Alcalde y el Ayuntamiento", aparecido en *El Imparcial* núm. 9.172, 14 de octubre de 1892.
 (17) La Unión Iberoamericana preparaba una función de teatro, conferencias, *garden-party*, sesiones de gala en el Senado, etc.; y el Fomento de las Artes: concursos, formación de grupos para visitar museos, funciones de teatro...
 (18) FERNÁNDEZ BREMÓN, José: "Crónica General", en *La Ilustración Española y Americana* núm. XL, 30 de octubre de 1892.
 (19) "Coro de forasteros", en *Blanco y Negro* núm. 77, 23 de octubre de 1892, página 680.
 (20) FERNÁNDEZ DURÓ, Cesáreo: "Reseña crítica del Centenario", en *La España Moderna*, diciembre de 1892, págs. 165-166.
 (21) Los madrileños participantes en la cabalgata, adornados con exóticas vestimentas, originaron dos castizas exclamaciones: ¡Vete a hacer el indio! y ¡Que te den don duros! El éxito de la cabalgata fue muy notable, gracias a la fiel reconstrucción de los trajes, la riqueza de las carrozas y la buena dirección del conjunto.
 (22) PALMA, Ricardo: *Recuerdos de España*, pág. 68.
 (23) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 106.
 (24) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 114.
 (25) Núñez de Arce dedicó a la hija de Ricardo Palma la siguiente poesía:

A ANGELICA

Flor del Perú que desplegas
 Tu suave corona al viento,
 Y hoy blandamente perfumas
 La tierra de tus abuelos;
 Si cuando vuelvas a Lima,
 Triste de verte tan lejos,
 La patria de tus mayores
 Te inspira gratos recuerdos,
 Y en tu corazón la guardas
 Filial cariño, venciendo
 La presión olvidadiza
 De la distancia y del tiempo,
 Colme Dios, hermosa niña,
 De tus memorias en premio,
 Tu juventud de ilusiones,
 Tus noches de alegres sueños,
 Tu vida de eternas dichas,
 Tu hogar de dulces recuerdos,
 De santa paz tu conciencia,
 Y de luz tu pensamiento.

- (26) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 126.
 (27) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, págs. 119-120.
 (28) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 134.
 (29) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 146.
 (30) PALMA, Ricardo: *Ob. cit.*, pág. 150.

CICLO DE CONFERENCIAS: AMERICANOS
 EN MADRID

CONFERENCIAS PUBLICADAS

- Número 1. *Alberto Insúa y su entorno histórico y literario (1883-1963)*, por DON MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS.
 Número 2. *Amado Nervo*, por DON JOSÉ SIMÓN DÍAZ.
 Número 3. *Ventura de la Vega*, por DON JOSÉ MONTERO ALONSO.
 Número 4. *La Duquesa de la Torre*, por DON JOSÉ DEL CORRAL.
 Número 5. *Rafael M. de Labra*, por DOÑA MARÍA DEL CARMEN SIMÓN PALMER.
 Número 6. *Juan Ruiz de Alarcón en Madrid*, por DON JOSÉ FRADEJAS LEBRERO.
 Número 7. *Rubén Darío*, por DON JOSÉ GARCÍA NIETO.
 Número 8. *Don Juan de Valencia, espía mayor de Felipe IV y torero*, por DOÑA MARÍA DEL CARMEN PESCADOR DEL HOYO.

Número 9. *Pablo Neruda en Madrid*, por DON LEONARDO ROMERO TOBAR.

Número 10. *Alfonso Hernández Catá*, por DON ALBERTO SÁNCHEZ ALVAREZ-INSÚA.

Número 11. *Pablo de Olavide, símbolo de la Ilustración*, por DON FRANCISCO AZORÍN GARCÍA.

Número 12. *Alfonso Reyes*, por DON JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA.